

El chico que ganaba todos los premios

MIGUEL Á. GONZÁLEZ



C

Editorial Comba



Once años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2025

Colección Narrativa

El chico que ganaba todos los premios

MIGUEL Á. GONZÁLEZ



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Fotografía de Miguel Á. González

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Miguel Á. González, 2025

© Editorial Comba, 2025
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-127669-9-8
DL: B-8.496-2025

Índice

Quizá no	7
Oda Mae Brown	19
Grilla	41
Vendarse los ojos	63
Alguien debería acabar de una vez por todas con esa gente que confunde a Kim Kashkashian con Kim Kardashian	79
Para morir iguales	93
... Y te llaman mataperros	105
<i>Vayolet</i> y los sobrantes	117

Panegírico número 17	131
Compasión	147
Alcornoque	169
Instrucciones para perder un paraguas	185
El chico que ganaba todos los premios	191

Quizá no

«Todo esto ocurrió; más o menos.»
Kurt Vonnegut, *Matadero cinco*

Entré en la librería buscando una novela de Simenon, pero salí de allí con una tuya. Es curioso, Georges Simenon fue uno de los autores más prolíficos de la historia, ni siquiera se sabe el número exacto de libros que escribió. Más de doscientos, eso seguro. Y tú ni siquiera has escrito uno entero, sólo un trozo. Un cuento en una antología de nuevas voces de la narrativa contemporánea. Pero el caso es que entré en la librería buscando una obra de Simenon, una de las doscientas que escribió, y acabé comprando el libro que tú no has escrito pero en el que participas. Me ha costado dieciséis euros. No está mal teniendo en cuenta que tu relato ocupa sólo nueve páginas, que ya lo he leído varias veces y que el resto de textos no me interesan. La chica que me cobró me ofreció una bolsa para guardarlo

ya que afuera llovía. La tormenta debió comenzar conmigo ya dentro del local, porque cuando caminaba por la calle hacía sol. Eso me hizo pensar en el tiempo que pasé buscando el libro de Simenon hasta encontrarme con el tuyo en la sección de recomendaciones. Nunca he tenido del todo claro cómo eligen las librerías los títulos que deciden recomendar. No sé si los empleados los seleccionan a su antojo, o si se trata de una estrategia comercial y las editoriales pagan por ocupar ese espacio. Si esto no fuera un soliloquio, si realmente estuviera hablando contigo, te lo preguntaría ahora que has encontrado una editorial que publica tus relatos. He escrito la frase en plural porque queda mejor así, tiene más sonoridad, aunque se trate de un único cuento. Le dije que no. A la chica de la tienda, le dije que no era necesario que me diera una bolsa y me guardé tu libro en la mochila. Ahora tengo otra. Es azul, como la que tú conociste, aunque es distinta. La cambié porque se me volvió a romper la cremallera y no supe arreglarla. La primera vez que me preguntaste por ella fue la noche que cenamos en ese restaurante italiano tan horteramente que tenía un patio interior lleno de plantas. Plantas con flores blancas y rosas y amarillas y hasta de color turquesa. Plantas que cubrían las paredes y también el techo. Tomamos una pasta fresca que venía dentro de una rueda de queso pecorino. Recuerdo que quisiste saber si usaban una pieza diferente cada vez que un comensal pedía el plato, o si se limitaban a limpiar el queso y a reutilizarlo. Un camarero te lo aclaró, o tal vez no, ya no me acuerdo. Lo importante es que

a la salida me preguntaste por la mochila. Dijiste: ¿Por qué siempre llevas mochila? Y yo fui a responder, pero no pude porque tú continuaste hablando. Es muy grande, una mochila enorme; eso fue lo que dijiste. Y al hacerlo convertiste tu pregunta en una acusación. Ahora está rota y tengo otra. Es azul y parece la misma, aunque es distinta. Se le volvió a romper la cremallera y yo no he sido capaz de arreglarla. La primera vez que ocurrió estábamos en La Habana, llevábamos allí varios días y hacía un calor horrible, así que nos montamos en un autobús para visitar la playa de Boca Ciega. Tú querías ir a la de Cojímar porque allí Ernest Hemingway había ambientado su novela *El viejo y el mar*, y no sólo eso, sino que solía almorzar cada día en el mismo restaurante. Por eso querías ir allí, para probar los platos que él tomaba. Al final desistimos porque en la guía que compramos en el aeropuerto antes de embarcar aseguraban que el pueblo había perdido todo su encanto, que la mayoría de los establecimientos estaban cerrados y que la playa se encontraba abandonada y llena de basura. La playa de Boca Ciega, en cambio, era paradisíaca, aunque sólo tenía un bar. Ni siquiera era un bar como tal, un mostrador de metal con las patas oxidadas y media docena de mesas colocadas a su alrededor. No había carta ni menú. Ofrecían para comer lo que iban pescando sobre la marcha. Tuvimos que esperar alrededor de una hora hasta que apareció un chico empapado y descalzo con una red llena de peces. Era un adolescente, casi un niño. No tendría más de catorce o quince años. El pez que te tocó a ti era blanco y el mío

rosado. Ambos estaban sabrosos, cocinados a la brasa con sal marina. Al terminar pedimos dos limonadas. Cortaron un coco por la mitad y nos las sirvieron dentro. Sabían que éramos turistas y por eso nos las prepararon así, dentro de un coco y con pajitas de colores. Nos las bebimos en la arena, mirando al mar, y nos decepcionó un poco que no estuvieran tan frías como habíamos imaginado. Nos marchamos a última hora de la tarde y fue entonces, mientras íbamos de camino al autocar, cuando la cremallera se rompió y las toallas se cayeron al suelo. No sé cómo lo hiciste, pero lograste arreglarla con un imperdible y uno de esos alicates pequeños, como los que se usan para hacer manualidades con abalorios. Luego, por la noche, cuando ya estábamos en la cama del hotel, me pediste permiso para incluir la escena de la mochila y las toallas en uno de tus relatos. Así es como nacen mis historias, me dijiste. Cuentos de ficción que se construyen como una especie de puzle, o como un Frankenstein hecho de palabras. Retales de recuerdos. Escenas reales que alteras a tu antojo para que encajen con la historia que estás contando. No me importó, me gustó leerlo, ver cómo hablabas del adolescente que nos trajo el pescado, aunque en tu texto el chico llevara sandalias. Y de la mochila rota en medio de una playa paradisíaca, aunque en tu narración fuera negra. Siempre me gustó encontrarme en tus textos tanto como me inquietó no saber quiénes serían todas esas otras personas con las que me tocaba convivir en la ficción. Cuando te fuiste releí tus cuentos. No todos, sólo los que dejaste aquí.

La mayoría sin terminar. Textos impresos en papel reciclado y llenos de anotaciones manuscritas. Me encontré habitando muchos de ellos. Siempre era un yo diferente. Como cuando nos sentamos en unas escaleras junto al puerto viejo de Marsella. Los escalones estaban pintados, alguien había escrito frases en francés que no entendíamos. Buscamos hasta encontrar una en español. No fue difícil localizarla porque estaba escrita en tinta roja. Decía: *Todo esto ocurrió; más o menos*. Entonces te pregunté qué habría querido decir la persona que la escribió y tú no respondiste. Cuando llegamos no había nadie, pero luego una chica comenzó a tocar la guitarra y poco a poco las escaleras se fueron llenando hasta congregarse a una multitud improvisada que asistía a un concierto gratuito. En tu cuento era un pintor el que se situaba junto a las escaleras y apenas aparecían cuatro o cinco curiosos para mirar su cuadro. O como cuando viajamos a Rumanía en busca de Drácula y acabamos en una reserva de osos. Todo estaba nevado y a la vuelta nos perdimos, no había forma de orientarse porque el horizonte era una enorme línea blanca difuminada. Anduvimos durante más de una hora, con los pies helados, sin saber si nos estábamos acercando o alejando del estacionamiento en el que habíamos aparcado el coche de alquiler. Una camioneta nos recogió cuando ya comenzaba a asustarnos la situación. Nos montamos en la parte trasera, estaba abierta y no tenía asientos, así que fuimos dando tumbos todo el trayecto. En el hotel te descubriste un moratón en el muslo derecho y yo fui a bus-

car hielo, pero como en el supermercado se les había agotado me llevé un bloque de helado de chocolate belga para que lo usaras como antiinflamatorio. Fue divertido. Lo fue en la vida real, pero no en tu cuento. En tu cuento nadie recoge a los protagonistas. Se quedan solos, en medio de la nieve, durante horas. Entonces comienza a anochecer y, cuando ya no pueden ver nada a su alrededor, empiezan a escuchar sonidos extraños. Quizá animales. Quizá no. Así acaba tu cuento. Justo con esas dos palabras: *Quizá no*. Es un buen final. El relato que aparece publicado en la antología es otro, éste que abres con la cita del escritor norteamericano de pelo enmarañado y mirada despistada al que no conocías hasta que yo te regalé una de sus novelas. Se ha mojado un poco. Tu libro. El libro en el que participas con un cuento, quiero decir. Lo he dejado sobre el radiador porque tiene una esquina hinchada, como se quedó el tobillo de tu pie izquierdo después del viaje en camioneta que hicimos en Rumanía. No sé si con eso lograré que recupere su forma, espero que sí, porque no ha sido barato, me ha costado dieciocho euros y ni siquiera creo que vaya a leerme el resto de textos. Sólo el tuyo, que únicamente tiene siete páginas. Ha sido por la lluvia, me pilló una tormenta cuando iba por la calle y eso fue lo que me animó a entrar a la librería, llevaba días pensando en comprarme una novela de Simenon y pensé que el diluvio era una buena excusa para hacerlo. La chica de la tienda ya me lo advirtió, me dijo que mi mochila estaba empapada y me ofreció una bolsa para que lo guardara en un lugar

seco, pero yo miré hacia la puerta y vi que la tormenta había cesado y que resplandecía el sol, así que se la rechacé. Me he comprado una mochila nueva. ¿Ya te lo he dicho? Es negra, como la otra, aunque es distinta. La lluvia siempre me recuerda a ti. No a ti, a los momentos que compartí contigo. Como la tarde en que nos sorprendió una tormenta en plena calle y nos metimos en el primer cine que encontramos sólo para no mojarnos. Al final la película nos encantó. ¿La recuerdas? Iba de un grupo de profesores, tres o quizá cuatro, que tienen una vida anodina y deciden comenzar a beber alcohol a diario. No se emborrachan, sólo consumen un poco, lo justo para que su existencia sea más llevadera y para que las líneas que delimitan la realidad se vuelvan curvas y confusas. Al principio les va bien, y sus clases se vuelven divertidas y sus relaciones de pareja mejoran. Pero luego pierden el control y todo se va al traste. Cuando salimos la lluvia ya había cesado y tú me dijiste que la película era una metáfora de la existencia, que no importa lo que hagamos porque los buenos momentos se enlazarán con otros malos y viceversa. Y así una y otra vez sin que podamos hacer nada para remediarlo. Dijiste eso y también que ahí radicaba la magia de la literatura, que ése era el motivo por el que tú escribías, porque podías regresar siempre que lo desearas a los buenos momentos y modificar los malos hasta que dejaran de serlo. Creo que a ti la lluvia también te recuerda a mí, al tiempo que compartimos. En otro de los relatos que dejaste al marcharte aparece la escena que compartimos en el puerto viejo de

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables
14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
La trayectoria de los aviones en el aire
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor
24. Daniel Mella
Lava
25. Miki Naranja
Palabras de perdiz
26. Esmeralda Berbel
Irse
27. Jimena Néspolo
Las cuatro patas del amor
28. Juan Villa
Voces de La Vera
29. Silvia Eugenia Castellero
Eloísa

30. Karla Suárez
Habana año cero
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
El lanzador de libros
32. Osías Stutman
Mis vidas galantes
33. Rosario Izquierdo
El hijo zurdo
34. Daniel Mella
Trilogía del dolor
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall
Epistolario
36. Juan Bautista Durán
Tantas cosas dicen
37. Rosa Chacel
La confesión
38. Rosario Izquierdo
Lejana y rosa
39. Flavia Company
Dame placer
40. Esmeralda Berbel
Habitarlo todo seguido de Calma corazón, calma
41. Miguel Ángel González
Un nublao de tiniebla y pedernal
42. Flavia Company
La dimensión del deseo por metros cuadrados
43. J. Villa, C. Ternicier, K. Suárez, A. Santamaría, A. Mayo, M.A. González, E. Escobar Ulloa, J.B. Durán
De la solastalgia. Ocho relatos naturales

44. Andrea Mayo
La planta carnívora
45. Ricardo Martínez Llorca
El viento y la semilla
46. Valentina Marchant
El reverso del agua
47. Juan Manuel Zurita Soto
Arauco
48. Osías Stutman
El mar de Bohemia. Poesías completas 2003–2022
49. Ana Santamaría
Libres
50. Andrea Jeftanovic
Geografía de la lengua
51. Juan Villa
Mal tiempo
52. Flavia Company
Melalcor
53. Ernesto Escobar Ulloa
Horizonte tardío
54. Esmeralda berbel
Así es el juego
55. Fernando del Castillo
La individualidad como motor oculto de la historia
56. Juan Manuel Zurita
This is Music o Historia particular de un infame
57. Jesús Martínez
El peso
58. Ximena López Bustamente
Sombra celeste

59. Miguel Á. González

El chico que ganaba todos los premios

Miguel Á. González ha pasado los últimos veinte años presentándose como cuentista, defendiendo el relato breve como un lugar de resistencia, memoria y revelación. Éste es el primer libro en el que se reconoce por completo, en el que siente que ha logrado reunir lo mejor de su trayectoria como narrador. Los cuentos que conforman el volumen retratan a personajes que sobreviven en los márgenes: un friegaplatos que guarda en el bolsillo una lista con los libros que debe leer, una niña que visita a un hombre en huelga de hambre, mujeres que cocinan en mitad del duelo como si eso pudiera aplacar su tristeza o autores que reescriben lo que nunca ocurrió. Hay también un aeropuerto donde quienes lo han perdido todo fingen esperar un vuelo, perros convertidos en símbolo de lo que se deja atrás e incluso un pez que desciende moribundo hacia las profundidades del mar, asumiendo su destino. En cada texto surge un pequeño descubrimiento, un modo de mirar el mundo con compasión, ironía y una delicada forma de belleza. *El chico que ganaba todos los premios* es un libro sobre la fragilidad y la persistencia, una celebración íntima y conmovedora del arte de narrar en voz baja. Miguel Á. González, sirviéndose de un lenguaje sobrio y preciso, reafirma el cuento como su territorio natural.



Once años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2025